

que se digne remediarlo enviándoles algunos Jesuitas, dignos sucesores de las virtudes de sus antiguos apóstoles. El Papa que deseaba remediar sus necesidades revistió á Saint-Leger del título de vicario apostólico, el cual llegó á Calcuta con los discípulos del Instituto á 8 de octubre de 1834. Numerosas fueron las dificultades con que tuvieron que luchar; empezaron por captarse la voluntad de los magistrados ingleses, por no esquivar demasiado las sectas rivales, reformar las costumbres del Clero y merecer la confianza de todos los católicos; triple resultado que obtuvo muy pronto el ardoroso celo de aquellos misioneros.

La instalacion de los Jesuitas en Calcuta presagiaba la caída de los sacerdotes portugueses que especularon con su Dios y con su ministerio; por esto tramaron ellos diferentes complots contra los Padres, procurando hacerles odiosos á todo el mundo; hasta procuraron influir cerca del gobernador de Goa para que pidiera en nombre de la corte de Lisboa la expulsion de los hijos de Loyola. Los ingleses, que conocian la causa de tantas recriminaciones, y que, aunque herejes, tenian interés en sostener el equilibrio entre los diferentes cultos, prefirieron, católicos por católicos, los Jesuitas á aquellos malos sacerdotes. La necesidad mas apremiante para la mision de Calcuta, la que preocupaba mas vivamente á Saint-Leger y á sus compañeros, era la educacion de la juventud, por tener que arrancar á los niños de las escuelas protestantes, ó renunciar á un bien cuyo germen se empezaba á entrever. Poner las bases de una institucion era para los Padres una garantía de porvenir y de estabilidad, el único medio de fomentar un clero indígena; pero por entonces carecian de todo, viviendo en medio de los cristianos que eran tan pobres como ellos. Un rico armenio, no obstante, ofreció convertir su casa en seminario, y con el auxilio de otros socorros que les llegaron, pudieron los Padres abrir el 1.º de julio el colegio de San Francisco Javier. El P. Moré que habia ido á consolar á los fieles diseminados por el Bengala, tuvo que soportar todos los peligros, calores y privaciones de largos viajes, y aunque poco instruido en el idioma nacional, logró no solo hacerse entender, sí que tambien hacerse amar de aquellos á quienes visitaba. Despues de inauditos esfuerzos y trabajos logró Moré edificar un templo en Dakkah, y, ganando insensiblemente terreno, llegó á desmontar el vasto campo abierto á su caridad, procurándose por auxiliares algunos eclesiásticos que tan hostiles fueron despues á su apostolado.

En el corto intervalo de algunos años el colegio de San Francisco Javier, dirigido por el P. Chadwich, prosperó de tal modo que llegó á sobrepasar todas las esperanzas. Fabert, obispo de Cochinchina, y Carew, arzobispo de Calcuta, favorecian su acrecentamiento, por ser los amigos mas íntimos de los Jesuitas y los que les secundaban en todas sus obras. Tambien seguia el ejemplo de los prelados el gobernador general de las Indias. En 1842 Babou-Moussi-Loll-Seal, uno de los mas ricos príncipes del Bengala, vió y estudió con una sagacidad enteramente india los progresos de los alumnos de la Compañía; y como quedase de ellos profundamente admirado, concibió, aunque idólatra, la idea de fundar á sus expensas un establecimiento en el que fuesen tan solo admitidos sus jóvenes compatriotas. Quiso que los Jesuitas se encargaran de su educacion, la que debia ser puramente moral y literaria: la casa proyectada no debia contener mas que gentiles, por lo que Babou-Moussi exigió de los Padres que no hablaran á sus nuevos alumnos de religion sino por medio del candor de una vida cristiana.

Acostumbraba decir san Francisco Javier á sus compañeros: «Tomad de cada hombre no lo que quisiérais, sino lo que os sea posible sacar de él.» Ante una proposicion tan extraordinaria, titubearon los Jesuitas en aceptarla, á pesar de no haber olvidado el consejo del apóstol de las Indias. Se les apremiaba para que accedieran á las condiciones impuestas por Babou, asegurándoseles ser el único medio para vencer en los naturales el horror que experimentaban por el nombre cristiano. Fue la Propaganda consultada, y como diera su asentimiento, fueron puestos los Jesuitas en posesion del colegio Seal por el arzobispo de Calcuta, por los príncipes del país y por los magistrados ingleses á cuyo frente aparecia sir Laurence Peel. Representaba este en aquella solemnidad al gobernador general, por lo que hablaba en nombre de la Gran Bretaña, é hizo el mas brillante elogio del Instituto de Loyola; no tardaron los Jesuitas en hacerse dignos de la proteccion dispensada por el Protestantismo.

Tantos resultados obtenidos por medio de la abnegacion anunciaban á los Padres nuevas humillaciones, por no haber podido ver sin espanto las rivalidades de corporacion ó de secta los progresos que hizo la Compañía en menos de diez años. Habia llegado pobre á las Indias y permanecia pobre en medio de las riquezas que la rodeaban; pero supo adquirir tal ascendiente que los brahmas, cismáticos



cos y mahometanos se coligaron contra ella. Tres eran únicamente los hijos de san Ignacio, Moré, Erwin y Weld, que podían hacer frente á sus injustos ataques; pero se les amaba por su carácter ameno, sus talentos y su caridad inagotable: los tres murieron uno en pos de otro en la flor de su edad, siendo arrebatados por las enfermedades de aquel clima devorador.

La pérdida de estos misioneros encargados de la educación disminuyó considerablemente el crédito y protección de que gozaban en el país los Jesuitas: la de Weld, íntimo amigo de los príncipes indios, reveló sobre todo la audacia de los enemigos del Instituto, que solo aguardaban un pretexto para declararse, y el cual les procuró un ligero olvido de las costumbres indias. Á ejemplo de los ingleses se hacían servir los Jesuitas por criados procedentes de una raza inferior, sin que se sujetaran sobre este punto á la ley que pesaba sobre sus alumnos, cuya falta fue considerada por sus enemigos como un crimen. Se acusó en Europa á los Padres de ser esclavos de las costumbres del Indostan hasta el punto de comprometer la pureza de la fe; y mientras en Roma y París se dirigía contra ellos aquel antiguo cargo, una infracción de los mismos usos destruía en Calcuta la popularidad de los Jesuitas. Babou-Moussi y los demás príncipes cedieron al grito de reprobación lanzado por las sectas rivales; privóse á la Sociedad de la dirección del colegio Seal, y como antes continuó la Compañía en el de San Francisco Javier la obra tan gloriosamente empezada. Propagó las misiones, alentó las comuniones religiosas, é hizo todos los esfuerzos para infiltrar en las masas el germen de todas las virtudes.

Hase acusado repetidas veces á los Jesuitas modernos de no seguir las huellas de los antiguos y de renunciar casi al objeto principal del Instituto, que sería la conversión de los infieles<sup>1</sup>. Se ha pretendido que la Sociedad solo aceptaba aquella corporación para defender al apostolado en las regiones transatlánticas, á fin de poder ella continuar luchando en Europa hasta lograr establecerse sólidamente en ella. Las épocas y los hechos están unánimemente en contradicción con estas hipótesis. Según los catálogos de 1845, solo contaba la Ór-

<sup>1</sup> No son las misiones extranjeras el objeto exclusivo de la Compañía, sino que debe atender á tres distintos objetos, esto es: guiar los herejes al seno de la unidad, llevar el Evangelio á las naciones idólatras, y sostener los católicos en la fe y en la práctica de las virtudes cristianas.

den cinco mil Jesuitas, de los cuales había empleados quinientos diez y ocho en las misiones<sup>1</sup>, que es la décima parte, ó sea la misma proporción que se observa desde el origen del Instituto. Pero, como para refutar de antemano estas imputaciones, no cesan el general y los provinciales de la Compañía de estimular el celo de los jóvenes: en su encíclica de 3 de diciembre de 1833 sobre las misiones de allende los mares se expresaba el P. Roothaan de este modo:

«¡Cuáles deben ser mis sentimientos y los vuestros, mis reverendos Padres, en presencia de tantas necesidades y súplicas á que nos obliga atender el escaso número de operarios evangélicos!

«Para llenar debidamente las obligaciones que me impone mi cargo, empiezo por invitaros á todos del mejor modo á que nada omitáis para resucitar en vosotros el espíritu de vuestra vocación. Que aquellos en quienes haga nacer el cielo el deseo de este apostolado lo consideren como una gracia insigne, que le abran su alma entera y que procuren alimentar aquel deseo en lo más íntimo de su corazón; que se ofrezcan á menudo á Dios para que su santa voluntad les conceda un día la realización de aquel ardiente deseo, y que después de haber conferenciado con el director de su conciencia, no se olviden, sea por sí, sea por medio de su provincial, de remitirnos sus nombres para poder continuarlos en el número de los aspirantes á tan glorioso ministerio.

«No deben considerar los provinciales los sacrificios que resultarán de ello como verdaderas pérdidas; porque aquellas palabras del Evangelio, *dad y os será dado*, hallan aquí su aplicación. No debe aguardarse que las provincias tengan los religiosos suficientes para procurar á las misiones algo de su abundancia, ó por mejor decir, de su superfluo. Jesucristo quiere que cada cual se complazca en dar aunque sea de su misma pobreza, con la esperanza de que cuanto diere le será devuelto con usura por la bondad divina; con este motivo dice: *Dad y os será dado; date et dabitur*

<sup>1</sup> La misma progresión sigue la tabla de todos los años precedentes; cuanto más aumenta el número de los discípulos del Instituto, tantos más misioneros envía la Sociedad allende los mares. En 1845 se elevaba su número á 518; en 1844 había 471; en 1843, solo 390; en 1842, 375, y en 1841, 333. La misma proporción se ha observado antes y después de la supresión de la Compañía.

Debe observarse que el número correspondiente á cada milésimo se refiere al año anterior: así es que el número de los religiosos empleados en las misiones en 1845 es de 518, según el catálogo de 1.º de enero de 1846.



«vobis. Así pues, debemos estar convencidos de que cuanto mas se «mostrará liberal una provincia por lo concerniente á aquella obra, «y cuanto mas de buen grado ofrecerá á Dios y á las misiones sus «mejores y mas útiles individuos, mas cuidado tendrá tambien la «bondad divina en enriquecerla con nuevos individuos no menos «útiles y provechosos.»

Once años mas tarde, ó sea el 14 de junio de 1844, el P. Luis Maillard, provincial de Lyon, indicaba á los Jesuitas nuevas tierras: imploraba la isla de Madagascar el envío de sacerdotes franceses. Ha sido por mucho tiempo esta isla el sepulcro de los europeos; en ella murieron todos los lazaristas enviados por san Vicente de Paul, y tambien sucumbieron á los rigores de su clima mortífero las diversas generaciones de emigrados á quienes el cebo del interés empujó hácia sus costas. Pero en cambio de tantos peligros arrostrados, hay muchas naciones idólatras que como los malgaches aspiran al Cristianismo; por lo que Mr. Dalmont, prefecto apostólico de aquella isla, se dirigió á los Padres del Instituto, así como Maillard se dirigió á su vez, en vista de su petición, á todos los Jesuitas: «Si el «celo, decia en la carta que dirigia á cada uno de ellos, no fuese «esa llama sagrada que no cesa de arder en el cielo ni en la tierra; «si las obras apostólicas y su multitud y variedad léjos de debilitar- «la, no sirviesen por el contrario á darle mas pábulo, ¿podria yo «atreverme hoy á ofrecer á nuestra pequeña provincia la grande y «hermosa mision que ha sido propuesta á su inagotable generosi- «dad? Despues de los admirables esfuerzos é inauditos sacrificios «que nos cuesta la grande empresa del Maduré, de la Argelia y de «la Siria, ¿podria acaso temer cansar una constancia tan infatiga- «ble y dejar de hablaros de nuevas conquistas que deben hacerse y «de desconocidas tierras que quedan por cultivar? Sí, mi reveren- «do Padre, puedo y debo dirigiros hoy decididamente mi voz, se- «guro como estoy de que ha de hallar eco en los generosos coraz- «nes de nuestros dignos Padres, y una simpatía divina en el alma «de nuestros jóvenes amigos. ¿No oimos además en nosotros mis- «mos una voz querida y venerada, la de nuestro Padre comun que «nos grita á todos de parte de Dios: Es verdad que habeis dilatado «vuestras entrañas y extendido vuestra tienda; pero unas y otra son «susceptibles aun de un engrandecimiento mayor? Así pues, llevad, «llevad mas léjos vuestros limites; porque ya sabeis que siempre se «ha de avanzar. *Dilata locum tentorii tui, et pelles tabernaculorum ex-*

«tende. Fijad la vista en esos pueblos que os tienden los brazos, os «los abandono; vuestros son: y á vuestra izquierda contemplad tam- «bien á esos otros pueblos que imploran vuestro socorro, y que son «igualmente vuestros. Pero hé aquí tambien que allende los mares «hay tierras desconocidas, regiones sentadas á la sombra de la muer- «te y un pueblo numeroso á cuyos oidos no ha llegado todavía la «dulce voz de la Religion: pues bien, esas regiones y ese pueblo lo «confio á vuestra juventud vigorosa: desde hoy será vuestro domi- «nio, vuestra sucesion. Penetraréis en sus soledades, florecerá bajo «vuestras plantas un nuevo desierto, á vuestra voz se levantarán los «muros de un santuario cristiano, y resplandecerá de hermosura y «pureza una nueva Jerusalem, *ad dexteram enim et ad laevam pene- «trabis, et semen tuum gentes haereditabit, et civitates desertas inhabi- «tabit.*

«*Semen tuum*: ¿cuál es, en efecto, mi reverendo Padre, esa pos- «teridad en opinion de los intérpretes? sino los apóstoles, los hom- «bres apostólicos, los intrépidos misioneros y todos esos dignos sa- «cerdotes que vuelan con entusiasmo á la conquista de las almas y «procuran dilatar el seno materno de la Religion.

«Y ¿cuál es aquí para nosotros la tierra desconocida que se ofre- «ce á nuestro celo, y el pueblo nuevo que va á sernos confiado? Esa «tierra y ese pueblo es Madagascar, confin cuya inmensa extension «debeis conocer, y que se halla tanto mas admirablemente colocado «bajo la proteccion de nuestra cara provincia, en cuanto se halla «situado en el camino mismo que deben á menudo recorrer nuestros «operarios y amigos de la China y del Maduré.»

De este modo se vió al Instituto en todas épocas y en todos los apuros apresurarse á avivar el celo en beneficio de la obra evangélica, á aceptar las misiones que le confiaba la Santa Sede, siendo las mas difíciles y peligrosas de entre ellas las que excitan con preferencia las mas santas competencias. Madagascar tiene sus misioneros; Guatemala, Chile, Buenos-Aires, el Brasil, Nueva-Granada, el Paraguay, la China y el Maduré tendrán tambien los suyos como los Estados-Unidos, el Canadá, las montañas Rocosas y la Siria.

Despues de haberse emancipado las colonias españolas y portu- guesas de la autoridad de la Metrópoli, procuraron convertirse en Estados independientes; y de libres que fueron, quisieron ser de- mócratas. Apenas fueron constituidas aquellas Repúblicas, cuando pensaron ya en perpetuar la fe y la educacion cristiana en el corazon



de las generaciones futuras, por comprender ser este el único medio de asegurar su existencia. Convertidos aquellos habitantes en hombres por el Cristianismo, nunca pudieron olvidar en las guerras de federacion é independencia á los misioneros que en otro tiempo se consagraron á su emancipacion intelectual y á su felicidad. En efecto, los Jesuitas eran los que habian reunido todas aquellas tribus errantes, á quienes habian enseñado la dulce felicidad de la familia y el amor á la patria y al trabajo; por esto no se oyó mas tarde en la América meridional mas que un solo grito al tratarse de llamar otra vez á los Padres. Accediendo Rosas á los deseos de la República Argentina, acogió en Buenos-Aires el 26 de agosto de 1836 á los PP. Verdugo, Majesté, Coris, Gonzalez y Macarron, hallándose concebido su decreto en los siguientes términos: «Habiendo llegado «de Europa á esta capital seis religiosos de la Compañía de Jesús, «los cuales han sido recibidos por el Gobierno con las mayores muestras de aprecio y amistad que han merecido el aplauso de los habitantes de este país católico; y habiendo manifestado los Padres «el deseo de ser útiles á esta provincia, por medio del ejercicio de «las funciones de su Instituto, juzgadas como las mas útiles y necesarias á su felicidad; considerando el Gobierno llegado el momento «de restablecer la susodicha Compañía, tan venerada entre nosotros «por los inmensos servicios que prestó en otro tiempo á la Religión «y al Estado en todas las vastas regiones que forman hoy la República Argentina, ordena y manda que se ponga á los Jesuitas inmediatamente en posesion de su antiguo colegio. En él vivirán en «comunidad conforme lo previenen sus reglas; podrán recibir á todos los demás individuos de la Compañía que vengan de Europa, «y abrirán las clases que el Gobierno tenga á bien indicarles.»

El pueblo reclamaba á los Jesuitas, por lo que no pudo menos el dictador Rosas de acceder á su ardiente deseo. Por otra parte habia esperado este encontrar en los hijos de san Ignacio un nuevo apoyo para asegurar mas su reinado; en consecuencia de lo cual les dejó establecerse, desarrollarse y adquirir sobre las masas aquella influencia moral que tan necesaria creia á sus proyectos. Tan pronto, empero, como les vió poseer la estimacion pública, trató Rosas de hacer cómplices á los Jesuitas en su marcha tortuosa: así es que en medio de las querellas intestinas que estallaban cada dia, no cesó de invitarles el Dictador á que se pronunciaran en favor de su despotismo. Los Jesuitas, á quienes no se ocultaban los peligros que

corria el porvenir de su mision, se esforzaron en restituir la paz entre los ánimos divididos, dirigiendo al efecto dulces palabras de concordia y perdon á aquellos corazones ulcerados. Como el papel de pacificadores que habian adoptado no entraba en las miras de Rosas, hízoles conocer este su descontento; aunque no por ello se varió en lo mas mínimo la conducta de los discípulos del Instituto. Habian acudido á la República Argentina para conservar la fe en el corazon de las poblaciones, instruir la juventud y propagar el Cristianismo entre las tribus que se debian civilizar; no debia por lo tanto preocuparles la política, si deseaban cumplir lo prevenido en sus Constituciones. Rosas que conoció desde luego que nada podria obtener de su condescendencia ni ambicion; puesto que á pesar de haberles colmado de favores nunca pudo merecer su conducta la aprobacion de los Jesuitas, los cuales se negaron á dar gracias al cielo por sus asesinatos y á colocar su retrato en el altar mayor de su iglesia; determinó el bárbaro Rosas apelar á la persecucion para obligar á los Jesuitas á servirle. Refugióse el P. Verdugo en casa de un protestante, trasladándose luego para evitar la muerte al brick *el Alcyon*, donde fue recibido por la tripulacion francesa con todos los miramientos debidos al sacerdocio. Duró la persecucion hasta el mes de marzo de 1843, durante cuya época resistieron pasivamente los Padres todas las iniquidades que puede inventar la mas odiosa tiranía; vista por Rosas la inutilidad de sus esfuerzos y de su barbarie, creyó que nada podria afligir tanto á los Padres como un edicto de supresion de la Compañía. Fulminóse este en efecto, mandándose á los Jesuitas que todos los que no quisieran secularizarse debian salir de Buenos-Aires dentro ocho dias; no quedó, pues, á los Jesuitas mas recurso que partir y dispersarse por el Brasil y Chile; algunos hubo sin embargo que se dirigieron á Montevideo y á Córdoba del Tucuman, donde los aguardaban con los brazos abiertos los descendientes de los antiguos neófitos del Paraguay. Los PP. Martos y Sato se internaron en la provincia de Rio Grande del Sud; Vilá, Lopez y Cabeza en la de Santa Catalina, prosiguiendo todos su apostolado en medio de grandes fatigas é incesantes peligros. No pudo Rosas hacer pasar á los misioneros los límites señalados á su caridad. Los mas ricos negociantes de Catamarca se dirigieron á Santos de Nueva, jefe militar de la provincia, pidiéndole Jesuitas; tambien la Asamblea provincial manifestó el mismo deseo, y declaró en 13 de agosto de 1844, que: «Convencida de la utilidad de la Orden de



«Jesús en los asuntos eclesiásticos, civiles, religiosos y sociales, quedaba desde aquel día restablecida en su territorio.» En 28 de abril de 1842 la República de Nueva-Granada, de acuerdo con el Arzobispo de Santa Fe de Bogotá tomó la iniciativa. Llamó á los Jesuitas en su seno; acogió con filial alegría á los maestros que venían á terminar la obra de su emancipación cristiana; confiábalos el cuidado de educar la juventud y propagar en todas las clases el amor á las leyes y á la ciencia. De este modo se unían los pueblos en todos los continentes do antes resonara el nombre de los Jesuitas como precursor de la civilización, con unánime sentimiento de piadosa gratitud para obtenerlos de nuevo. Dirigíanse, á este fin, á la Santa Sede y al general de la Compañía, siendo los intérpretes de sus sentimientos los representantes que tenían en las asambleas legislativas y todos los obispos. Ambas Américas acababan de dar el primer paso hácia la civilización, y no podía menos la China católica de seguir su noble ejemplo. Besi, administrador de Nankin, vicario apostólico de Chang-Tong se dirigió á Roma para que le concediera misioneros de la Orden de Jesús. Embarcáronse á consecuencia de esta petición en 27 de abril de 1841 los PP. Gotteland, Brueyre y Esteve<sup>1</sup> á bordo de la fragata *Erigone*. El Gobierno francés comprendió al fin que, como los antiguos Borbones, debía facilitar y proteger aquellos sacrificios que redundan siempre en provecho del Cristianismo y de la sociedad europea: así es que tomó á su cargo los gastos de viaje, y á principios de noviembre dejó la *Erigone* á los tres Jesuitas en Macao.

Tales fueron los primeros Padres que penetraron en el Celeste imperio desde la extinción de la Compañía, debiendo prestar el juramento relativo á las ceremonias chinas exigido por la bula de Benedicto XIV *Ex quo singulari*. Cumplida aquella formalidad penetraron en el Chang-Tong. Chang-Haya fue donde Ricci, el apóstol de la China, dió comienzo á su misión: allí es donde viven aun como fervientes catecúmenos los descendientes de Pablo Sin su mas ilus-

<sup>1</sup> Al anunciar al Prelado la marcha de los tres Jesuitas, hé aquí lo que le escribía la Propaganda en 30 de junio de 1840: «Se propone la sagrada Congregación servirse de esos tres religiosos de la Compañía y de los demás que podrá enviar en lo sucesivo para abrir de nuevo las misiones del Japon, tan pronto como se digne la Providencia hacer brillar otra vez la luz del Evangelio en aquellas desoladas regiones y vencer todos los obstáculos que se oponen á la entrada en ellas de los ministros de Jesucristo.»

tre discípulo; allí fue tambien donde determinaron los nuevos Jesuitas hacer oír primeramente la palabra de Dios. Se conservaba tan puro aun su recuerdo en el corazón de los neófitos, que poco trabajo costó á los misioneros ganar su confianza. Tenían los Padres que sostener la fe tan maravillosamente conservada en el corazón de mas de ciento cuarenta y cinco mil cristianos que vivían en Nankin y Chang-Tong, donde fundaron un seminario para preparar la vocación sacerdotal. Eran de todo punto indispensables nuevos operarios para cultivar la inmensa viña del Señor; así es que en el mes de diciembre de 1843 fueron embarcados en la escuadra que debía conducir á la China la embajada de Mr. de La Grenée, los PP. Clavelin, Gonnet, Languillat, Taffin y Vanni. En 13 de octubre de 1844 escribía Clavelin: «Muchas son las esperanzas que se fundan en nuestra embajada, pues todos los misioneros están persuadidos de que solo falta pedir la libertad de cultos para sernos inmediatamente acordada: dicese que los ingleses sienten no haberla pedido, y que si no lo han hecho ha sido tan solo por no haber pensado en ello; lo que mas lo prueba es el artículo que han hecho insertar en el tratado suplemental, en virtud del que no podrán los chinos condenar á muerte á los misioneros. Acaba de partir el embajador americano, despues de haber obtenido, á lo que se dice, cuanto ha deseado, y, entre otras cosas, algunas condiciones muy ventajosas para la religion protestante, como por ejemplo el permiso de poder levantar templos en los diferentes puertos.» Por su parte la Francia no permanecía indiferente á aquel gran movimiento, que hizo al fin caer, ante la civilización europea, el fanatismo, la preocupación y las inútiles precauciones que conservaba despues de tantos siglos el Celeste imperio. Mr. de La Grenée manifestó los deseos de su país de que quedaran asegurados los intereses comerciales, y que se diera toda la seguridad á los misioneros de los cristianos indígenas. Así garantidos por los tratados internacionales y colocados bajo la salvaguardia de la Europa, no debían los Jesuitas temer ya las tribulaciones á que se vieron en otro tiempo expuestos, ya que solo podían sucumbir al exceso de su trabajo ó de su caridad. Una carta del P. Clavelin escrita á sus compañeros en 12 de enero de 1845 manifiesta claramente la vida de los misioneros chinos. ¿Será acaso esta existencia, útil á costa de tanto trabajo, el principio del martirio para aquellos que la llevan?

«Cada día, despues de haber administrado los sacramentos del